

acabar de incendiar los arrabales; la otra de las construcciones exteriores del fuerte de Weichselmünde y dirigida sobre la izquierda del cuartel general por Langenfurth. Una y otra fueron enérgicamente rechazadas, señalándose en ellas por su inteligencia y denuedo el capitán de caballería Sokolniki. Allí fué hecho prisionero el célebre partidario prusiano barón de Kakow.

Al repeler nuestras tropas al enemigo hasta las mismas fortificaciones, se aproximaron á la plaza más de lo que lo habían hecho hasta entonces, y tuvieron proporción de estudiar bien su configuración. El general Chasseloup fijó entonces el plan de ataque, con el ojo de campaña propio de un ingeniero tan experimentado como profundo.

El circuito exterior, construído en el borde mismo de las alturas, presentaba dos construcciones unidas entre sí, pero distintas y separadas por un pequeño valle en cuya hondura se halla el arrabal de Schidlitz. La primera de estas construcciones, que estaba á la derecha del ejército sitiador, lleva el nombre de Bischoffsberg, y la segunda, que quedaba á la izquierda, lleva el nombre de Hagelsberg; esta última fué la que eligió el general Chasseloup como objeto del ataque principal, reservándose el dirigir contra el Bischoffsberg otro ataque simulado. He aquí los motivos que le decidieron (1).

Las construcciones del Hagelsberg parecían algo más descuidadas que las del Bischoffsberg. El Hagelsberg era angosto y poco cómodo para el despliegue de las tropas, ya tuviesen que hacer salidas los sitiados ó ya hubiesen de rechazar un asalto; al paso que el Bischoffsberg, anchuroso y bien distribuído, permitía formar en batalla tres ó cuatro mil hombres y arrojarlos en masa sobre los sitiadores. El Hagelsberg podía ser batido de revés por Stolzemberg, una de las posiciones exteriores; el Bischoffsberg no podía serlo por ningún lado. Llegábase al Hagelsberg por un terreno ondulado, pero continuo, y para acercarse al Bischoffsberg había que salvar un barranco profundo en el cual no era fácil establecer accesos, ofreciendo además grande riesgo de precipitarse en él al quererlo atravesar para subir al asalto. Además de que el Hagelsberg era más fácil de tomar que el Bischoffsberg, la posición, una vez conseguido esto, mejoraba mucho. Así desde el uno como desde el otro se dominaba igualmente la plaza y se la podía acribillar á descargas; pero caso de que los fuegos no bastasen para reducirla y fuese necesario dejar las alturas para forzar el segundo recinto, al bajar del Hagelsberg desde el bastión de Héilige-Leichnams hasta el bastión de Santa Isabel, se cogía de frente un bastión saliente, que, no estando flanqueado por parte alguna, debía ofrecer pocas dificultades al sitiador. Bajando por el contorno del Bischoffsberg se encontraba desde el bastión de Santa Isabel hasta el bastión de

(1) Hemos creído deber referir con alguna prolijidad el sitio de Dantzig, por considerarle como un verdadero modelo de asedio regular, y quizás el más notable de nuestro siglo; porque los asedios regulares, tan frecuentes y perfectos en tiempo de Luis XIV, han venido á ser sumamente raros en nuestros días; porque el de Dantzig alcanzó el honor insigne de que le cubriese Napoleón al frente de doscientos mil hombres; y finalmente, porque este asedio es el episodio indispensable que une la campaña de invierno con la campaña de verano en las inmortales guerras de Polonia. (N. del A.)

Santa Gertrudis una construcción entrante, flanqueada por todas partes y expuesta además al fuego de varios caballeros de grande elevación. Por último, había una razón sacada de la situación general para decidir que el ataque se emprendiese por el Hagelsberg; este ataque acercaba nuestras principales fuerzas al Vístula inferior, y por allí era, efectivamente, por donde había que tratar de circunvalar la plaza, atrayendo hacia aquel punto el cuerpo destacado del general Schramm, facilitándole el paso á la isla de Holm é interceptando de este modo la comunicación entre Dantzig y el fuerte de Weichselmünde. Estas razones eran convincentes y persuadieron al mismo Napoleón. El general Kirgenen, destinado bajo las órdenes del general Chasseloup, había sido de opinión de fijar el punto de ataque más á la izquierda todavía, hacia la puerta de Oliva, en el terreno bajo comprendido entre el Hagelsberg y el Vístula, enfrente de la isla de Holm. No se dió importancia á este pensamiento, porque, según él, hubiera sido preciso asaltar primeramente el recinto exterior, sufriendo por la izquierda los fuegos de la isla de Holm, y atacar después al segundo recinto, sufriendo por la derecha las descargas del Hagelsberg. Semejante modo de operar era inadmisibile.

El general Chasseloup, que había sido llamado á Thorn por algunos días para trazar allí los proyectos de varias obras de defensa, dejó al partir consignado el plan de ataque y las órdenes necesarias para dar principio á los trabajos.

No había ya razón ninguna para demorarlos, porque el mariscal Lefebvre acababa de recibir parte de los refuerzos que se le habían prometido. El 4 de línea, sacado del cuerpo de Augereau, llegaba en aquel momento de las orillas del Vístula: componíase sólo de unos mil hombres, pero escogidos. El 19, que había salido de Francia hacía dos meses, llegaba también de Stettin con un convoy de artillería que iba escoltando. Mientras llegaban los demás regimientos anunciados, bastaban aquéllos para comenzar las obras y servir de ejemplo á las tropas auxiliares.

Todos saben, aunque no sean muy versados en la hermosa ciencia que ha inmortalizado á Vauban, con cuántas precauciones se procede al presentarse ante las plazas de guerra. Para avanzar contra las descargas de artillería gruesa suele el sitiador introducirse bajo tierra, abrir trincheras y guarecerse del enemigo con la tierra que se amontona al formar estas mismas trincheras; de este modo se van trazando las líneas llamadas *paralelas*, porque lo son en efecto al frente que se ataca. Ármanse después estas líneas con baterías para responder al fuego de los sitiados. Después de trazada una primera *paralela*, se acerca al sitiador por bajo tierra, y formando recodos, hasta la distancia donde le conviene trazar una segunda *paralela*, que arma con baterías lo mismo que la primera. Llega así sucesivamente hasta la tercera, desde la cual se lanza al borde del foso, que lleva el nombre de *camino abierto*; baja luego á este foso con nuevas precauciones, derriba, con piezas de batir, formadas en baterías de brecha, las murallas llamadas *escarpas*, llena el foso con sus escombros, y sobre estos escombros sube finalmente al asalto. Hay además salidas que emprende el enemigo para interrumpir estas dificultosas obras, combates de gruesa

artillería, minas que revientan lanzando á los aires sitiados y sitiadores, todo lo cual añade escenas animadas y frecuentemente terribles á la tremenda lucha subterránea en que la ciencia rivaliza con el heroísmo para atacar ó defender las grandes poblaciones, que por sus riquezas, su situación geográfica ó su fuerza militar son dignas de semejantes esfuerzos.

Estos complicados medios son inevitables cuando no se puede tomar una plaza con un ataque brusco, y á la sazón era forzoso emplearlos por los motivos que más arriba dejamos expuestos. Así, pues, en la noche del 1 al 2 de abril se abrió la trinchera enfrente del Hagelsberg, que era el punto de ataque designado. Habíamos tomado posición en la mesa de Zigankemberg; se procuró, según costumbre, ocultar esta primera operación al enemigo, y así que rayó el día desaparecieron nuestros soldados tras un espaldón de tierra en una extensión de doscientas toesas. Los sitiados dirigieron contra ellos un fuego nutrido, pero no les fué posible evitar que siguiesen perfeccionando su obra en toda aquella jornada. En la noche del 2 al 3 de abril dejamos la primera *paralela* por las trincheras transversales ganando terreno, y mientras una parte de nuestros soldados se ocupaba en esto, intentamos con la otra asaltar una fortificación que iba á entorpecer en breve nuestros progresos.

Tratábase del reducto conocido con el nombre de Kalke-Schanze, situado á nuestra izquierda en la misma orilla del Vístula, y por consiguiente en el río. Este reducto, aunque situado más atrás del punto donde ejecutábamos nuestras obras, enfilaba nuestras trincheras, y bastaba este motivo para tratar de inutilizarlo. Los soldados de la legión del Norte, que como hemos dicho eran arrojados, pero de poca resistencia, asaltaron con denuedo aquella fortificación y se apoderaron de ella; mas aquella misma noche el enemigo hizo una salida contra nuestras primeras trincheras y contra el reducto que le acabábamos de quitar, y aunque de pronto fué rechazado, recobró por fin el reducto de Kalke-Schanze, de donde arrojó los soldados de la legión del Norte juntamente con los badenses. No bien se estableció en él, inundó los fosos con las aguas del Vístula, ciñó las escarpas de tierra de fuertes empalizadas y se hizo casi inexpugnable.

Tuvimos, pues, que continuar nuestros trabajos de aproximación con aquella vecindad molesta, contra la cual teníamos que estar siempre moviendo tierra, oponiendo espaldones á los fuegos de flanco, que al mismo tiempo de agravar nuestras tareas, debían forzosamente prolongar las operaciones del asedio.

En los días y noches que siguieron desde el 4 hasta el 7 de abril, continuaron las obras de aproximación bajo los fuegos de la plaza, á los cuales no podíamos responder por no haber llegado aún nuestra artillería de batir. No teníamos más artillería que la de campaña, situada en algunos reductos, para disparar á metralla contra el enemigo, caso de intentar éste alguna salida. Ofrecían las obras más dificultades de las que suelen ofrecer en la mayor parte de los asedios regulares: el terreno en que se trabajaba era todo de arena, fina, movediza y poco consistente, que se desmoronaba al choque de las balas, y que el viento, impetuoso ya á la proximidad del equinoccio, llevaba al rostro de nuestros soldados; el tiem-

po era malo, alternando las nieves y las lluvias; por último, no teníamos trabajadores buenos más que los franceses, que eran poco numerosos y estaban rendidos de fatiga.

En la noche del 7 al 8 se abrió una *paralela* contra el Bischoffsberg con el doble objeto de distraer al enemigo por medio de un ataque simulado, y de establecer baterías que cogiesen por la espalda al Hagelsberg y desde las cuales se pudiera también tirar sobre la ciudad. En los días siguientes continuaron las obras de aproximación, así para el verdadero como para el falso ataque. Los sitiados por su parte habían emprendido obras de contra aproximación, destinadas á apoderarse de una loma desde la cual hubieran podido dominar nuestras trincheras. En la noche del 10 al 11 el general Chasseloup, que había vuelto al campamento, tomó las disposiciones necesarias para destruir aquellas obras dirigidas contra las nuestras. A las diez de la noche cuatro compañías del 44 de línea, con ciento veinte soldados de la legión del Norte, mandados por el comandante Rogniat, atravesaron una especie de barranco que separaba la izquierda de nuestra *paralela* de la posición ocupada por los prusianos, se arrojaron sobre ellos, los arrollaron, cogieron á trece y obligaron á los demás á huir tirando sus fusiles. Al punto los soldados de la legión del Norte empezaron á cegar con sus palas las trincheras que los sitiados habían empezado á abrir; pero esta destrucción de las obras del enemigo se verificaba á cuarenta toesas de la plaza y bajo un fuego de granadas y metralla sumamente mortífero. Nuestros trabajadores de la legión del Norte, después de haber resistido cierto tiempo, acabaron por dispersarse unos tras de otros, de modo que los prusianos pudieron volver á la tarea, abandonada antes de quedar completamente destruída. A la una de la mañana, habiendo advertido el general Chasseloup y el mariscal Lefebvre la vuelta del enemigo, resolvieron repelerle de nuevo: enviaron á las obras cuatrocientos hombres del 44, que encontrando en ellas un grueso destacamento de granaderos prusianos, cerraron con ellos á la bayoneta, mataron é hirieron á unos cincuenta é hicieron otros tantos prisioneros, cogiéndoles muchos fusiles y herramientas. Quedó allí una compañía de sajones hasta el amanecer para cegar con las palas las trincheras de los sitiados; pero al rayar el día, aunque sostenidos por nuestros fusileros, no pudieron arrostrar el tiroteo de la plaza y se vieron precisados á retirarse.

Volviéron los prusianos á ocupar las obras en el curso del día 12 y levantaron con toda premura una especie de reducto con su empalizada en lo alto de la loma cuya posesión había sido tan disputada. No era posible dejarlos de aquel modo pacíficamente establecidos sobre la izquierda de nuestras trincheras, y se decidió por lo tanto que á la noche siguiente se tomase aquella posición por tercera vez, y que con toda premura se le pusiese en comunicación con la segunda *paralela* que se había abierto durante la jornada. En efecto, el día 12, á las nueve de la noche, el comandante Rogniat y el general Puthod á la cabeza de trescientos granaderos sajones de Bevilacqua, de una compañía de carabineros de la legión del Norte y de otra de granaderos del 44 mandados por el comandante Jacquemard, asaltaron con resolución las fortificaciones. La resistencia del enemigo fué tenaz; protegido por las empalizadas rompió un fuego tan nu-

trido que por un momento hizo titubear á nuestras tropas; pero los granaderos del 44 se arrojaron directamente sobre aquella defensa, mientras los granaderos sajones de Bevilacqua, conducidos por un tambor valeroso, descubriendo un camino que rodeaba las fortificaciones por la izquierda, se introdujeron dentro y decidieron la victoria. Hicimosnos dueños del reducto, y en breve quedó unido con la segunda paralela.

Sin embargo, al despuntar el día, resuelto el enemigo á disputarnos hasta el fin una posición que debía destruir nuestras obras de aproximación si conseguía conservarla, intentó una salida formidable, y dirigió una numerosa columna sobre aquel punto tan enérgicamente disputado. Apoyaron sus esfuerzos todos los fuegos de la plaza: se lanzó sobre el reducto, en el cual habían quedado los sajones, los arrolló á pesar de la más valerosa resistencia, y después de haber recobrado la fortificación se dirigió resueltamente á nuestras trincheras para invadir las y derribarlas. Había ya penetrado en ellas, cuando el mariscal Lefebvre, que al primer rumor de aquella salida había reunido con presteza un batallón del 44, se arrojó sobre los prusianos con espada en mano, y en medio de una granizada de balas los arrojó fuera de las trincheras y los repelió á la bayoneta hasta la explanada de Hagelsberg. Al llegar allí, una lluvia de metralla le obligó á retirarse. Perdieron los prusianos en esta acción cerca de trescientos hombres, y nosotros quince oficiales y unos cien soldados entre sajones y franceses.

Desde entonces nos abandonó completamente el enemigo la loma de la izquierda; la unimos definitivamente á nuestras trincheras, y después desembocamos por nuevos caminos subterráneos más allá de la segunda paralela. Se trabajó también en la que se había trazado enfrente del Bischoffsberg y cuyo objeto hemos ya indicado.

Aquellos tres días de combate habían retrasado mucho las obras del asedio, y tanto más, cuanto que amenazadas sin cesar nuestras trincheras, teníamos que consagrar á su defensa nuestras mejores tropas. Los días siguientes se destinaron á concluir la segunda paralela, á darla ensanche, á establecer en ella plazas de armas para alojar á las tropas de guardia, y á señalar la posición de las baterías mientras llegaban las piezas de batir; y lo mismo se hizo con la paralela destinada al ataque fingido contra Bischoffsberg. Llegaron dos nuevos regimientos por orden de Napoleón, atento siempre á las operaciones de aquel grande asedio: por una parte el regimiento de la guardia municipal de París, y por la otra el 12 ligero, destacado momentáneamente de Thorn. Al mismo tiempo había mandado Napoleón al mariscal Mortier, que acababa de concluir con los suecos el negocio del armisticio, que encaminase sus tropas por Stettin sobre Dantzig, mientras él reunía en la isla de Nogat los elementos de la reserva de infantería que debía mandar el mariscal Lannes. Por lo tanto había esperanza de recibir en breve poderosos auxilios.

Provisto el ejército sitiador de dos nuevos regimientos franceses, convenía concluir la circunvalación de la plaza y continuar las operaciones proyectadas en el Vístula, llevando al general Schramm de la altura de Heubude á la de la isla de Holm, lo cual era tanto más urgente cuanto que el enemigo estaba en comunicación

diaria por el fuerte de Weichselmünde con la mar, de donde recibía refuerzos de hombres y municiones. Por consiguiente, el día 15 de abril, el general Gardanne, que había tomado el mando de las tropas situadas en el Nehrung, bajó con estas tropas y con algunos refuerzos que se le habían enviado, por la corriente del Vístula, y fué á situarse á lo largo del canal de Laake entre Dantzig y el fuerte de Weichselmünde, á unas setecientas toesas de la explanada de este fuerte. Se apostó de la manera conveniente para interceptar la navegación del canal y más adelante del mismo Vístula, cuando las tropas del cuartel general llegasen á unir sus fuegos con los suyos, descendiendo por su izquierda sobre la orilla del río. Esta operación apenas fué contrarrestada en un principio á no ser por los reductos de la isla de Holm; pero el mariscal Kalkreuth, reconociendo en breve la gravedad de la empresa, resolvió hacer los mayores esfuerzos para mantenerse en comunicación con el mar. El 16 de abril hicieron juntos una salida tres mil rusos y dos mil prusianos, los primeros del fuerte de Weichselmünde y los segundos de Dantzig, para atacar á nuestras tropas, que no habían tenido lugar de apostarse con bastante solidez en el Nehrung y á la embocadura del canal. Empeñóse un reñido combate hacia Weichselmünde con los rusos, y por fortuna un poco antes que los prusianos hubiesen desembocado de Dantzig. Fueron rechazados á las explanadas del fuerte después de haberles causado una pérdida considerable. Pero no bien concluimos con ellos, fué preciso volver á empezar con los prusianos, si bien esto no fué ni difícil ni prolijo, porque nuestros auxiliares con el 2.º ligero á la cabeza se portaron valerosamente. La pérdida total del enemigo ascendió á unos quinientos ó seiscientos hombres entre muertos y prisioneros; la nuestra vino á ser de unos doscientos.

Después de este combate, parecía ya seguro nuestro establecimiento en el Vístula inferior y en el Nehrung; sin embargo, nos dedicamos á consolidarlo. Se levantó un doble espaldón de tierra para guarecerse á un mismo tiempo contra el fuerte y contra la plaza, y se le prolongó lo suficiente para que se juntase por un lado con el río y por el otro con los bosques que cubrían aquella parte del Nehrung. Estos bosques se hicieron casi inaccesibles por medio de inmensas talas. En el centro de nuestros atrincheramientos se levantó un fuerte blockhaus; á estas precauciones se agregó una guardia de chalupas en el canal y en el río para impedir que las embarcaciones enemigas subiesen y bajasen por el Vístula. Mientras se ejecutaban estas obras en la ribera derecha, las tropas del cuartel general en la orilla izquierda, bajando desde las alturas á la ribera del Vístula, construyeron reductos para cruzar sus fuegos con los de las tropas establecidas en el Nehrung. Por aquella parte se construyó un parapeto de doscientas toesas de longitud. Un valiente oficial, llamado Tardiville, se había alojado con unos cien hombres en una casa á la orilla del Vístula, y se había hecho allí fuerte, defendiéndose con tal tesón á pesar de los proyectiles del enemigo, que aquel edificio llevó su nombre todo el tiempo que duró el asedio. Para que la circunvalación fuese completa y definitiva, faltaba conquistar la isla de Holm; pero mientras esto se verificaba, los buques enemigos sólo penetraban en Dantzig con gran trabajo. En efec-

to, muchas barcas habían sido apresadas, y una corbeta que había intentado remontar el Vístula, se había visto detenida por los fuegos de las dos orillas. Los soldados, conducidos por un oficial de ingenieros llamado Lesecq, habían saltado por encima de las trincheras, situándose á descubierto en la ribera del río, y acribillando á balazos al buque enemigo le habían obligado á retirarse. El capitán Lesecq perdió su sable de un tiro de metralla, sin que le causase el menor daño.

Corría el día 20 de abril: hacía mes y medio que nos hallábamos sobre la plaza y veinte días que la trinchera estaba abierta. Acababan de llegar las piezas de batir, procedentes de Breslau, de Stettin, de Thorn y de Varsovia. Sólo faltaban municiones; sin embargo, podía romperse el fuego de las baterías de la primera y segunda paralela. Todo estaba dispuesto para empezar las descargas el día 20, cuando una deshecha tormenta de equinoccio cegó las troneras con torrentes de nieve, paralizando nuestros trabajos. Hubo que invertir dos días enteros en barrer la nieve, y nuestros soldados, acampados al raso bajo el rígido clima, que el retardo del invierno había hecho aún más intratable, tuvieron que sufrir cruelmente. Por último, el día 23 por la noche rompieron el fuego unas cincuenta y ocho piezas de batir, entre morteros, obuses, cañones de á veinticuatro y de á doce, y continuaron descargando contra la plaza todo el día 24. La artillería enemiga, que había reservado su acción para hacer frente á la nuestra, respondió con ímpetu y de un modo bastante certero; pero después de algunas horas de combate á cañonazos, superiormente dirigido por el general Lariboissiere, el enemigo vió destruidos muchos de sus baluartes, muchas de sus piezas desmontadas, y por fin un espantoso incendio, causado por las bombas disparadas desde la paralela del simulado ataque, empezó á devorar el interior de la ciudad. Veíanse levantarse columnas de humo hasta la altura de las más grandes fábricas, testigo siniestro de los destrozos que habíamos causado. Sin embargo, el mariscal Kalkreuth logró apagar el fuego con las abundantes aguas de que estaba provista la ciudad, y no perdió su serenidad en manera alguna. Al otro día, 25, el mariscal Lefebvre, para disipar sus disposiciones, le hizo anunciar que iba á disparar á bala roja. No dió contestación alguna. Entonces se renovó con mayor energía el fuego de todas nuestras piezas, causando un nuevo incendio, que también extinguieron la guarnición y los habitantes de consuno. El fuego violento de nuestra artillería, atrayéndose los proyectiles enemigos, había producido una diversión útil á nuestras obras de aproximación, que, siendo ya más fáciles, adelantaron más rápidamente. Merced á la decisión de los ingenieros que removían la tierra bajo las balas, que derribaban las cabezas de las zapas y arrasaban los cestos, llevándose los sacos de arena, se adelantaron los recodos hasta la tercera paralela, que se abrió por fin en la noche del 25 al 26 á *sapa volante*.

Durante la noche del 26 al 27 se trazó una parte considerable de esta paralela, siempre á merced del combate de las dos artillerías. Desgraciadamente no teníamos gran cantidad de bocas de fuego y municiones, pues disparábamos apenas dos mil tiros cada día, mientras el enemigo disparaba tres mil. Teníamos muchas piezas de hierro, que reventaban en manos de nuestros artille-

ros y nos causaban tanto daño como los proyectiles enemigos. Sin embargo, nuestros soldados suplían la inferioridad del número con lo certero del tiro. El día 27 quiso el enemigo volver á la ofensiva con sus salidas, y aprovechando el no estar aún terminados los trabajos de la tercera paralela, intentó destruirlos, y suspendió de repente el fuego hacia las siete de la noche. Este indicio hizo presumir una tentativa de parte de los sitiados: situáronse varias compañías del 12 ligero, que acababan de llegar, á derecha é izquierda, detrás de los espaldones que las ocultaban; seiscientos granaderos prusianos, seguidos de doscientos trabajadores, avanzaron hacia la paralela, imperfecta aún y de fácil acceso; al verlos una avanzada que estaba tendida en tierra boca abajo se retiró para dejarlos penetrar, y entonces las compañías del 12 ligero cayeron sobre ellos de improviso, los atacaron á la bayoneta en el foso y se trabó un combate sangriento pecho á pecho. La lucha fué mortífera, pero fueron arrollados con una pérdida de ciento veinte hombres entre muertos y heridos. Varios fueron hechos prisioneros, y los demás fueron repelidos á la bayoneta hasta la explanada de la plaza.

El mariscal Kalkreuth solicitó dos horas de tregua para recoger los muertos y heridos, y cediendo á la opinión de los artilleros y de los ingenieros, que deseaban esta tregua para ejecutar varios reconocimientos, el mariscal Lefebvre accedió á ella. Al punto corrieron á los muros de la plaza los generales Lariboissiere y Chasseloup para buscar posiciones desde donde pudieran batirse con más seguridad las obras de los sitiados. Concluidos estos reconocimientos, se volvieron á emprender las tareas, ocupándose en establecer nuevas baterías en los puntos que se habían elegido, cuidando de unir las con nuestras trincheras por medio de ramales.

En la noche del 28 al 29 intentó el enemigo una nueva salida con una columna de dos mil hombres, distribuída en tres destacamentos. Marchó como la antevíspera sobre nuestra tercera paralela, cuyas obras quería interrumpir á toda costa. Dos compañías del 19 de línea, al aspecto del primer destacamento, cayeron sobre él á la bayoneta, le repelieron hasta las explanadas del Hagelsberg; pero recibidas allí con un fuego muy nutrido que partía del camino cubierto, y envueltas por el segundo destacamento, que no habían advertido, perdieron unos cuarenta hombres; no obstante, fueron en breve socorridas y libradas á tiempo, y ahuyentado el enemigo, dejó en nuestro poder setenta muertos y ciento treinta prisioneros.

Estos violentos esfuerzos con nuestra tercera paralela no nos estorbaron el perfeccionar sus obras, el prolongarla á derecha é izquierda y el armarla de baterías. Acababan de llegar nuevos convoyes, que permitieron poner en batería más de ochenta piezas de grueso calibre, y desde aquel instante redobló el fuego de la artillería, y nuestras tropas desembocaron finalmente por la tercera paralela, por dos costados, para caer sobre los puntos salientes del Hagelsberg. Componíase esta obra de dos bastiones, entre los cuales se presentaba una media luna. Nos encaminamos hacia el saliente del bastión de la izquierda y hacia el saliente de la media luna. Entonces las obras de aproximación se hicieron sumamente peligrosas. El enemigo, que había reservado para el fin del asedio los principales recursos de su ar-

tillería, dirigió su mejor parte contra nuestras obras. Nuestros ingenieros veían sus zapas desechas, y la arena movediza que arrumbaban despedida otra vez hacia las trincheras por el choque de numerosos proyectiles; pero su constancia en trabajar, en medio de tantos peligros, era invencible. Nuestras tropas de infantería sufrían por su parte horribles fatigas; porque cuanto más nos acercábamos á la plaza, más preciso era confiar á soldados experimentados la defensa de las trincheras. De cuarenta y ocho horas, pasaban ellos veinticuatro en trabajar ó en proteger á los que trabajaban. A la sazón, pues, sólo avanzábamos con mucha lentitud. El mariscal Lefebvre, que empezaba á perder la paciencia, reñía con todos; con los ingenieros, cuyas combinaciones no alcanzaba; con los artilleros, cuyos esfuerzos no sabía apreciar, y principalmente con las tropas auxiliares, que le hacían mucho menos servicio que las francesas. Los sajones se batían bien, pero se prestaban de mala gana al trabajo; los badenses no servían ni para trabajar ni para batirse; los polacos bisoños, aunque tenían celo, carecían de toda costumbre de hacer la guerra; los soldados de la legión del Norte eran tan veloces en el ataque, como para dispersarse á la menor resistencia. Como todos estos auxiliares eran propensos á la deserción, se tenía mucho cuidado de proveerlos con los efectos de los almacenes del cuartel general, para no dejarlos dispersarse por los lugares circunvecinos; de suerte que había que mantenerlos mucho mejor que á los franceses, aunque no hiciesen, ni con mucho, sus servicios. El mariscal Lefebvre hablaba de ellos en los términos más depreciables, repitiendo sin cesar que no sabían más que comer. Calificaba de embolismo todos los racionios de los ingenieros; pretendía hacer más que todos ellos juntos con los pechos de sus granaderos, y quería obstinadamente poner fin al asedio con un asalto general.

El proyecto era temerario, porque estábamos aún lejos de las obras de la plaza, y lanzándonos al foso íbamos á estrellarnos contra aquellas formidables empalizadas que servían en Dantzíg de escarpas de fábrica. Los ingenieros, como suele acontecer en los asedios, no estaban acordes con los artilleros, y explicaban la lentitud de sus obras de aproximación achacándola á la inconsistencia del suelo, á la poca protección que recibían de la artillería y al escaso número de buenos trabajadores. Los artilleros contestaban que no tenían bastantes bocas de fuego ni bastantes municiones para contrarrestar las descargas del enemigo, y que no podían hacer más de lo que hacían. El mariscal, para ponerlos de acuerdo, propuso acabar con un asalto, aun antes de terminarse las obras de fortificación. Los ingenieros, que perdían en estas obras mucha gente, respondieron que si los artilleros querían, por medio de una batería de rebote, derribar una hilera de empalizadas, ellos conducirían de grado á nuestra infantería al asalto de Hagelsberg. Sin embargo, como los rusos en 1724 habían perdido cinco mil hombres bajo los muros de Dantzíg en una tentativa de esta especie, resuelta por mera impaciencia, no se atrevió el mariscal á poner por obra semejante temeridad sin recibir órdenes del emperador.

Afortunadamente se hallaba éste á unas treinta leguas de distancia, y en cuarenta y ocho horas se podía recibir su respuesta. Hubiera ido á darla en persona, á no ser

porque la presencia del rey de Prusia y del emperador de Rusia en el cuartel general de Bartenstein le hacía temer alguna tentativa contra sus cuarteles de invierno. Así que recibió la carta del mariscal Lefebvre, se apresuró á moderar los ardores de este veterano dirigiéndole una enérgica reprimenda. Reprendióle severamente su impaciencia, su desprecio hacia la ciencia de que él carecía y su lenguaje indecoroso con los auxiliares. «Usted, le escribía, no sabe más que quejarse, injuriar á nuestros aliados y cambiar de opinión á cada instante. Quería usted tropas y se las he mandado; me dispongo á mandarles á usted más todavía, y como un ingrato continúa usted quejándose, sin pensar siquiera en darme las gracias. Trata usted á los aliados, y principalmente á los polacos y á los badenses, sin el menor miramiento. Verdad es que no están hechos al fuego, pero ya se harán. ¿Cree usted, por ventura, que en el año 92 éramos tan valientes como lo somos ahora, después de quince años de guerra? Sea usted, pues, indulgente, como veterano que es, con los bisoños que empiezan ahora la carrera y que no tienen aún su serenidad en medio de los peligros. El príncipe de Baden, que acompaña á usted (este príncipe, en efecto, se había puesto al frente de los badenses, y asistía al sitio de Dantzíg), ha dejado las comodidades para llevar sus tropas al combate. Tenga usted con él miramientos, y agrádezcalle un celo que tanto le distingue entre sus iguales. Presume usted hacerlo todo con el pecho de sus granaderos, pero con el pecho solo no se derriban las murallas. Es preciso que deje usted obrar á sus ingenieros, y que oiga los consejos del general Chasseloup, que es todo un sabio, y al cual no debe usted retirar su confianza por el dicho del primer *criticoncillo* que se entrometa á juzgar de lo que no puede comprender. Reserve usted el valor de sus granaderos para cuando la ciencia diga que puede emplearse útilmente, y entretanto sepa usted tener paciencia; porque se pierden unos pocos días, que por otra parte no sabría yo en qué emplear ahora, no debe usted desear hacer matar miles de hombres, cuya vida puede economizarse; tenga usted la calma, la constancia y el seso que convienen á su edad. Su gloria de usted está en la toma de Dantzíg; tome usted la plaza y no quedará descontento de mí.»

No era menester más para aplacar al mariscal, el cual se resignó á dejar continuar las operaciones del sitio según todas las reglas del arte. Aunque se había trasladado el campamento desde el Nehrung al Vístula inferior, é interceptado el paso del canal y del río, la circunvalación sólo podía completarse con la toma de la isla de Holm, y sólo con esta toma era posible apoderarse de una multitud de reductos como el de Kalke-Schanze, que cogían nuestras trincheras de través, las molestaban con sus fuegos y contrarrestaban su progreso por causa de los traveses que era preciso añadir á nuestras construcciones. Sin tener todas las tropas que hubieran sido de desear para activar rápidamente el asedio, había las suficientes, sin embargo, para una tentativa contra la isla de Holm, y por lo tanto se designó para esta empresa la noche del 6 al 7 de mayo. Dióse orden al general Gardanne para contribuir por su parte dirigiéndose por el canal de Laake y procurando atravesarlo en almadías. Bajando por la izquierda del cuartel general ochocientos hombres á la orilla del Vístula, se

vieron precisados á atravesar el río en dos tandas para ejecutar el ataque principal. A las diez de la noche fueron llevadas doce barcas frente al pueblo de Schellmühl sin que lo advirtiese el enemigo. A la una de la noche, las barcas que conducían los destacamentos del regimiento de la guardia de París y del 2.º y 12 ligeros, y cincuenta soldados de ingenieros, partieron de la orilla izquierda y atracaron en la isla de Holm. El enemigo disparó contra las embarcaciones varios cañonazos á metralla. A pesar del fuego, nuestras tropas saltaron á tierra, y los granaderos de la guardia de París se abalanzaron al reducto más cercano sin disparar un tiro y se lo quitaron á los rusos que lo defendían. Al mismo tiempo, cien hombres del 2.º ligero y otros tantos del 12 arremetieron también contra otros dos reductos, el uno construido en la punta de la isla y el otro en un edificio llamado la *casa blanca*. Sufrieron una descarga, pero avanzaron con tanta celeridad, que en unos cuantos minutos quedaron los reductos tomados y los rusos hechos prisioneros. Lanzáronse nuestras tropas con la misma rapidez hacia las demás fortificaciones, y en media hora ocuparon la mitad de la isla, haciendo quinientos prisioneros. Mientras se acababa esta operación con tanta prontitud, las doce barcas empleadas en el paso del Vístula conducían la segunda columna, compuesta de badenses y de soldados de la legión del Norte, la cual tomó por la derecha y se encaminó hacia la parte de la isla frontera á la ciudad de Dantzíg. Animadas estas tropas por el ejemplo que acababan de darles los franceses, se arrojaron denodadamente á los puestos enemigos, los sorprendieron, los desarmaron, y cogieron en un momento doscientos hombres y doscientos caballos de artillería. El general Gardanne había pasado por su parte á la isla atravesando el canal de Laake, con lo cual quedó asegurada esta importante conquista. La ocasión era favorable para apoderarse del incómodo reducto de Kalke-Schanze, tomado y perdido al principio del asedio. Este reducto, rodeado de agua y abierto por la gola hacia el lado de la isla de Holm, debía su principal fortaleza al apoyo que de esta isla recibía. En el momento mismo en que nuestras dos columnas invadían la isla de Holm, un destacamento de sajones y de soldados de la legión del Norte, conducido por el comandante de batallón Roumette, entró en los fosos del reducto con el agua hasta el sobaco, se abalanzó á las empalizadas, entró por ellas, y á pesar de un impetuoso tiroteo quedó dueño de la fortificación, en la cual cogió ciento ochenta prusianos, cuatro oficiales y muchos cañones.

Esta serie de tentativas nos valió seiscientos prisioneros y diez y siete bocas de fuego; costó al enemigo seiscientos hombres entre muertos y heridos, y sobre todo nos hizo dueños de la isla de Holm, que completaba la circunvalación de la plaza de Dantzíg y mataba unos fuegos sumamente perjudiciales para nuestras trincheras. Gracias á la rapidez de la ejecución, nuestra pérdida fué muy insignificante.

Nuestras obras de aproximación llegaban al saliente de la media luna. Habíase abierto una trinchera singular que abrazaba otro saliente, y le envolvía así por la derecha como por la izquierda. Era llegado el momento de dar el asalto al *camino cubierto*. Se da este nombre al reborde interior del foso, á lo largo del cual circulan

y se defienden los sitiados al abrigo de una hilera de pequeñas empalizadas. En la noche del 7 al 8, un destacamento del 19 de línea y del 12 ligero, precedido por cincuenta soldados de ingenieros armados con hachas y palas, conducidos por los oficiales del cuerpo Barthelemy y Beaulieu y por el comandante de infantería Bertrand, desembocó por las dos extremidades de la trinchera circular y avanzó impetuosamente hacia el camino cubierto. Fué recibido por una granizada de balas: los soldados de ingenieros, marchando á la cabeza, se precipitaron con hacha en mano sobre las empalizadas y derribaron algunas de ellas. Nuestros peones, penetrando en pos de ellos en el camino cubierto, le recorrieron bajo la metralla que llovía de los muros de la plaza. En seguida se dirigieron á los blockhaus que se habían construido en los ángulos entrantes del recinto; pero sufrieron tan vivas descargas de fusilería, que se vieron precisados á retroceder al saliente de la media luna. Sin embargo, el camino cubierto quedó en su poder. Entretanto recorrieron todos los trabajos los zapadores para asegurarse de que no había minas empezadas ni dispuestas, según costumbre, para volar el terreno conquistado por los sitiadores. Un sargento de ingenieros descubrió al saliente de la media luna la boca de una contramina, entró en ella sable en mano, y encontró á doce prusianos que trabajaban en abrir ramales, y aprovechándose del terror que les causó su aparición súbita los hizo á todos prisioneros. En seguida destruyó cuanto habían trabajado. Este valiente, cuyo nombre merece perpetuarse, se llamaba Chopot.

El asalto del camino cubierto, que suele ser siempre una de las operaciones más mortíferas en los asedios regulares, nos costó diez y siete muertos y setenta y seis heridos, pérdida considerable atendido el escaso número de soldados empleados en tan exiguo terreno. Dueños del camino cubierto de la media luna, nos hallábamos establecidos al borde del foso. Faltaba bajar á él, derribar en seguida la hilera de empalizadas mayores que ocupaban su fondo, y después tomar por asalto los taludes cubiertos de césped que hacían las veces de escarpas de construcción. No eran estas empresas muy fáciles; por otra parte, había que ejecutar al saliente del bastión de la izquierda la misma operación que acabábamos de ejecutar al saliente de la media luna, para no sufrir descargas de metralla por el flanco al atacar la media luna.

Establecidos, pues, en el foso, nos defendimos con las precauciones acostumbradas, y continuábamos avanzando hacia la izquierda para acercarnos al saliente del bastión. Invirtieron los días 8, 9, 10, 11, 12 y 13 de mayo en esta tarea, ya sumamente peligrosa, porque á aquella distancia las balas del enemigo deshacían las zapas, penetraban en las trincheras, mataban á los soldados y con mucha frecuencia hacían desmoronarse sobre ellos los espaldones que trabajosamente habían levantado. A tan poca distancia, la fusilería hacía los mismos estragos que la artillería. La arena que movían nuestros soldados se desprendía á cada instante, y era menester volver á empezar repetidas veces una misma obra. Finalmente, las noches tan cortas en mayo, pues nadie ignora que cuanto más cerca del polo son las noches más largas en invierno y más cortas en verano, apenas nos permitían cuatro horas de trabajo de las